

XXI

La llegada de la bella y alegre Marquesa del Puerto hizo más agradables los paseos y las veladas del joven matrimonio y de sus padres.

Dotada Clemencia de gran brillantez de imaginación, sabía dar á todas las cosas el encanto de la novedad.

Un paseo en borricos alternaba con una comida á la que se convidaba lo más notable del lugar; una merienda en las viñas, con una tertulia en la que las señoras de Epila con hijas casaderas, sacaban sus vestidos de novia de levantina blanca para asistir á ella.

Rosario y la Marquesa introdujeron la moda del té, que se servía á las nueve, con chocolate y pastas para los convidados.

Después Pepe, la Marquesa ó Rosario tocaban en el piano algunos rigodones ó valeses para que las jóvenes del pueblo bailasen, retirándose todos á las once.

Por fin se habló de volver á Madrid. Octubre acababa, y la Marquesa era llamada á la corte por sus intereses y por sus muchos amigos; pues por más que se declame en contra de la amistad, las

personas que reúnen las excelentes y encantadoras dotes de Clemencia hallan siempre amigos.

Imposible será que los tenga quien los busque perfectos; pero hay que aceptar á las personas con sus defectos, y ser indulgentes con ellas para que éstas lo sean también con nosotros.

Pepe y Rosario deseaban acompañar á la Marquesa.

La joven esposa parecía haber adquirido la coquetería que tanto le había recomendado Clemencia y que tanto adorna á las mujeres de su edad; deseaba, por decirlo así, mostrar al mundo su conversión, y que éste la admirase bajo aquella misma fase que la admiraban los suyos.

Una noche, después de haberse ido la habitual tertulia, quedaron solos y en torno de la chimenea los individuos de la familia.

—Yo me voy dentro de dos días—dijo la Marquesa,—y es preciso decidir ahora mismo quién me acompaña. Con que no andarse con rodeos y aclaremos de una vez la situación.

—Estos se van—respondió don Dámaso señalando á los jóvenes;—el invierno llega á pasos agigantados, y no es justo que se queden aquí teniendo su casa puesta en Madrid.

En cuanto á doña Benigna, yo espero que se quedará. Vea usted, señora, si la puede convencer de que no le vendrá mal ser mi esposa.

Clemencia, que no sabía nada del proyectado matrimonio, abrió los ojos asombrada.

—Ya ves, hija mía, si es locura á mi edad y á la de don Dámaso el pensar en casarnos,—dijo la generala.

—¿Por qué?—preguntó Pepe tomando la mano de su madre.—¿No se han unido vuestros hijos? ¿Por qué á los ancianos ha de estar vedado el santo lazo del matrimonio? Es verdad que entre vosotros ya ha pasado la vehemencia del amor, y ya no puede haber más que una amistad tierna y pura; pero esa amistad, ¿por qué no ha de enlazar lo mismo las almas, aunque el cuerpo haya perdido el aspecto de la juventud? ¿Dónde hallarás, madre mía, un amigo más sincero, más tierno, más generoso, que el padre de Rosario? ¿Dónde hallará él quien le cuide y le aprecie como tú?

—¡Sea!—respondió doña Benigna.—Por mí estoy convencida, y bien sabe Dios que sólo deseo acompañar y consolar á don Dámaso de vuestra ausencia, y hallar al lado suyo mi propio consuelo.

—¿Y tú cuándo te casas, madrina?—preguntó Rosario, quien desde su conversión á la elegancia había por fin consentido en llamar de tú á la Marquesa, cosa en la cual jamás había querido antes consentir.

—¿Yo? ¡Nunca!—respondió Clemencia.—Sólo en circunstancias como las que rodean á vuestros padres comprendo un segundo matrimonio; en las mías, no. Me he acostumbrado á vivir sin más afecciones que las de la amistad, y ellas me bas-

tan; tú y tu marido cerraréis mis ojos, Rosario; pero no hablemos más de eso, y ocupémonos sólo de los preparativos de la boda: ¿cuándo va á ser?

—Al instante—repuso don Dámaso alegremente.

—En verdad me da vergüenza—dijo doña Benigna;—y es seguro que, si no fuera por dar que decir á los maldicientes, viviría al lado de vuestro padre para acompañarle y cuidarle sin otro título que el de su amiga.

—Eso no puede ser; y así, volvamos á hablar de la boda. Nos casaremos de aquí á quince días; la Marquesa y vosotros estaréis aquí ocho más á nuestro lado, y después os iréis á divertir os hasta el verano. Si hace falta algo, yo llamaré á Pepe para que se entienda con ello, pues lo que es mi mujer y yo nos vamos á echar á la vida buena y á ver lo que duran dos viejos bien cuidados.

¿Para qué hemos de hablar, mis benévolos lectores, de la alegre y apacible vida de aquellas cinco personas durante los días que precedieron al casamiento de los dos buenos y nobles ancianos?

Deslizáronse puros y radiantes como un rayo de sol, y llegó el de la boda con íntimo gozo para todos y con alguna confusión para doña Benigna, que hallaba *un disparate* el casarse á su edad.

Mas por fin llegó la hora, y el sacerdote le dió la bendición nupcial al pie de los altares y en presencia de sus hijos y de la Marquesa, que también fué la madrina de esta boda, como lo había sido de la de Rosario.

Doña Benigna estaba ataviada con la gravedad y modestia propias de su edad y de su distinguida educación, y que nunca la abandonaban: un vestido negro de rica seda; un chal de cachemira de colores oscuros y subido precio, y una rica mantilla de terciopelo, decorada con encajes de gran valor, fué el traje que llevó á la iglesia, y el que vistió en casa, excepto la mantilla, durante todo el día.

A pesar de la maledicencia y la mordacidad que imperan en los pueblos pequeños, sólo muy pocas personas se atrevieron á zaherir aquella unión: eran tantos los beneficios que don Dámaso sembraba entre los menesterosos, y tantas las simpatías que el carácter amable y dulce de doña

Benigna se había captado, que sólo sabían alabarlos y bendecir la unión que los había fijado para siempre entre ellos.

La comida fué en familia: asistieron á ella el señor cura, el médico y el juez, que estaban unidos con don Dámaso con la más íntima amistad.

El día después del matrimonio, don Dámaso llamó á todos sus criados y se los presentó oficialmente á su mujer, pues aquel sencillito labriego tenía la delicadeza del corazón, que no se aprende.

A la cabeza de los servidores venía Antonio el sobrestante, con su mujer y sus cuatro chiquillos, que todos vivían en la casa.

Mónica, la mujer del sobrestante, era una guapa muchacha de veintiséis años, morena, con buenos ojos y seno exuberante, de condición apacible y bondadosa, que escuchaba á su marido como á un oráculo y le admiraba como á un sér superior.

Todo lo que su Antonio hacía, era acatado por ella con el respeto más profundo; todo lo que decía llevaba el sello de la infalibilidad: era el tipo de la aldeana que sólo vive para su esposo y sus hijos, y cuyo único horizonte es el de su pueblo.

En la gran casa del rico Maroto tenía el quehacer de cuidar de las criadas, del mismo modo que Antonio vigilaba á los peones y criados; pero

Mónica era tan buena, según ya se ha dicho, que se contentaba con poco, y las muchachas servían más por cariño y gusto que por utilidad, aunque no era poca la que tenían en aquella opulenta casa.

Antonio, su mujer y sus hijos ocupaban un cuarto en el patio, sin que á nadie molestasen los lloros y gritos de los muchachos que se criaban para ser también buenos servidores de la casa.

—Aquí tenéis á mi mujer y vuestra señora—dijo don Dámaso señalando á doña Benigna.—Desde hoy, no me pidáis nada ni me quebréis la cabeza con *sonajas*: ella manda. Al que no le dé gusto, ella le dará dimisorias; al que la complazca, ella le recompensará.

Los criados se miraron unos á otros con expresión alegre y ruborosa al mismo tiempo, y guardaron silencio.

—Señora, sea por muchos años—dijo Antonio adelantándose con su pañuelo en la mano.—Yo, mi mujer y todos le deseamos muchas felicidades.

—Gracias, Antonio—repuso doña Benigna, que se había enternecido al ver aquella tropa puesta á sus órdenes, y que se prestaba á recibirlas con la mejor voluntad.—Vuestro amo es muy bueno, ya lo sé, y yo no seré para vosotros más rigurosa que él. Veamos: ¿qué deseáis? ¿algún aumento de salario? Decidlo, pues deseo que

tengáis una grata memoria de este día: desde luego os daré cuatro duros más al año á cada uno; tú, Mónica, ven mañana á por un vestido nuevo para cada uno de tus hijos; Pascuala, que sabe coser y planchar bien, quedará para doncella mía, y buscaremos otra para la cocina: da el encargo, Mónica, y ajústala tú misma.

Para todos—prosiguió doña Benigna, poniendo sobre la mesa un bolsillo de seda verde,—hay aquí una gratificación: á dos duros os toca, y á uno á los niños de Antonio. Idos acercando para recogerlo.

Cada uno de los sirvientes se aproximó á la mesa, lleno de rubor y gratitud, y fué recibiendo su donativo. La señora, al dar el suyo á los niños, les dió también un beso en la frente; acción que agradó á todos.

—No os encargo—añadió después dirigiéndose á todos ellos en general,—el cumplimiento de vuestros deberes. Sé que los desempeñáis bien, y por eso sólo voy á haceros una advertencia: si alguno necesita algo, que me lo diga con toda confianza, y del mismo modo que si yo fuera su madre.

—¡Bendita sea la señora!—exclamó en coro la tosca y honrada servidumbre, llevando todos las manos á los ojos para enjugar algunas lágrimas.

Las mujeres se cubrieron el semblante con el delantal.

—¡Vaya, vaya! Hoy no es día de llorar—dijo la gruesa voz de don Dámaso.—Id á divertirlos un rato: que venga la gaita y el tamboril; vosotros tomad los guitarros y bailaréis en el terrado; y tú, Mónica, dispones una merienda; tú, Antonio, cuida de que nadie se exceda.

XXII

Llegó por fin el día de la separación de los padres y de los hijos.

El dolor de aquéllos fué inmenso, y no menor el de Pepe y Rosario.

—Consolaos con que quedamos juntos—dijo don Dámaso:—peor hubiera sido quedar yo solo. ¿Quién hubiera dicho, Benigna—prosiguió volviéndose á su mujer,—que cuando te dije, al despedirme en Madrid para venir aquí con mi hija, que ya no dejaría mi soledad, la habías tú de compartir conmigo?

Pepe y Rosario siguieron el consejo de la Marquesa, que era el de abreviar todo lo posible la despedida, y subieron al carruaje, ofreciendo volver al verano, ó más bien, así que Mayo tendiese por los campos su manto esmaltado de flores.

Rosario fué muy triste durante las primeras horas del viaje; mas después, las dulces palabras de su esposo y de su madrina lograron consolarla.

Cuando llegaron á Madrid, las primeras personas á quienes vieron fueron Casilda y su marido.

El, vestido con esa decencia cercana al lujo que distingue al artesano honrado, hábil y laborioso, estaba verdaderamente buen mozo.

Casilda estaba también encantadora, aunque su embarazo se hallaba ya muy adelantado.

Su traje era decente, esmerado y hasta elegante. Al ver á su ama, dió un grito de alegría y se arrojó en sus brazos.

—¡Ah!—exclamó.—Al fin llega usted á tiempo para ser la madrina de mi hijo.

La Marquesa se fué en seguida á su casa; Pepe, á instancias de su mujer, se acostó; Rosario quería quedarse á solas con la amiga de su infancia.

—¿Cómo te va?—le preguntó.—¿Es ya Paco lo que debe ser? ¿ha perdido las malas mañas que tenía antes?

—Gracias á Dios, sí, señorita; pero ¡Virgen santa, cuánto trabajo me ha costado hacérselas dejar!

Al día siguiente de aquél en que acompañamos á usted á ver lo que hacía el señorito, fuimos á la fonda, y durante dos ó tres pareció como que hacía bondad; pero después volvió á las andadas porque los amigos le avergonzaban si se venía á casa con su mujer.

Un día fuí á esperarle á la puerta del taller: era sábado, y debía haber cobrado el jornal de la semana.

Hacía ya otras dos semanas que yo no veía

un cuarto; todos los jornales se los jugaba, y yo había vuelto á empeñar toda mi ropa y aun parte de la suya, que era lo que jamás había hecho.

Aquella noche salía con los compañeros muy de jolgorio y con buenas ganas de broma, según lo que pude oír.

—Chico—decía uno,—desde aquí á cenar á los Andaluces de la calle de Sevilla.

—Eso es—dijo otro;—y luego á casa de la Inés, que hay algo de baile y muchachas como soles.

—Lo que es yo—dijo mi marido,—no voy á casa de esa mujer. A cenar, pase; pero luego á mi casa.

—Es que en casa de la Inés se juega.

—No importa.

—Dejadle—observó otro:—le llevamos á cenar, se alegrará y luego no nos ha de dejar.

Yo, que hacía ya rato que estaba allí con una angustia mortal, me separé de la pared y dí algunos pasos atrás, haciendo luego como que iba hacia ellos.

Pasé al lado de mi marido y fingí no verle; pero él me vió y exclamó:

—¡Casilda! ¿A dónde vas?

—A buscarte,—dije yo.

—¿Ocurre algo?

—Nada: sólo que me han dicho que hay esta noche una comedia muy hermosa en el teatro del Príncipe y quería que me llevaras.

—Mujer, ¿de dónde se te ocurre eso?—me preguntó él muy admirado.

—¿Qué sé yo? Esta noche iría al teatro de muy buena gana.

Paco quedó algo perplejo; pero como realmente me ha querido siempre muy de veras, me dijo, aunque haciendo un gran esfuerzo:

—Iremos.

—Y después me llevarás á comer calamares—añadió yo,—sabiendo que delira por ese plato, y fingiendo que lo deseaba aunque no lo puedo ver.

—Mujer, hoy estás de antojos,—dijo él.

—Ya ves... como estoy así...

—Cierto: hay que complacerte en todo. Hasta mañana, amigos.

—¿Qué, no vienes?—exclamaron ellos.

—¡No puede ser!

—¡Habrás marica, habrá flojo!—dijeron todos al ver que se marchaba conmigo. Pero yo le hablé de otras cosas, á fin de que no los oyese.

Eran las siete y media; á las ocho estábamos en el teatro.

Paco se divirtió, y luego cenó muy bien; yo ni lo uno ni lo otro. El, que no es tonto, lo conoció perfectamente y me dijo:

—Casilda, confiesa que sólo te proponías sacarme de entre aquella gente.

—Sí—le respondí,—porque te ganan el dinero y nos arruinan. Paco, por Dios, ya que no por mí, mira á lo menos por tu hijo. ¿Por qué esos

perdidos han de disponer de tí? Eres un hombre honrado, laborioso, lleno de habilidad, que podías estar muy bien y estás muy mal: eso no es justo, ¡y algún día te pesará el no hacer caso de mis consejos, que todos van encaminados á tu bien!

Yo lloraba al decir esto; mi marido me tomó las manos y me dijo:

—Mira, soy andaluz, y como tal, amigo de la bulla y la jarana, sin que lo pueda remediar; pero ¿quieres hacer una cosa para curarme?

—¿Qué?

—Todos los sábados vienes á buscarme como hoy, y haremos lo de esta noche.

—Sí por cierto—dije yo muy contenta.—Aunque gastemos algo, no importa.

—¡Pero sí es lástima también que empleemos treinta reales!

—¿Qué ha de ser lástima! Ya nos queda algo.

En fin, señorita, desde entonces—prosiguió Casilda—todos los sábados tengo la penitencia de ir á buscarle, eso sí; pero también le tengo dócil como un cordero á mi voz, y ya se ha acostumbrado tanto á la casa y á mí, que es donde mejor se halla.

Espero que esto durará hasta que venga mi hijo, que luego él le sujetará mejor que una cadena.

—Tienes razón, Casilda—repuso Rosario.—tú has ganado la partida con la suavidad y la dulzura; yo estuve á punto de perderla para siempre

con la intolerancia y la severidad. Los hombres son como los niños: hay que darles la medicina envuelta en un dulce; hay que gobernarlos por el halago y la blandura; hay que sujetarlos con cadenas de flores y no con cadenas de hierro. Yo doy gracias á Dios de que me haya hecho conocerlo á tiempo, y digo, como tú, *querer es poder*, cuando se trata de cumplir lo que Dios manda y lo que es nuestro deber.

Pepe y Rosario no han vuelto á ver turbada la paz de su dichoso enlace: viven felices, rodeados de cuatro niños, y también viven aún sus viejos y buenos padres.

FIN

INDICE

	Páginas.
DEDICATORIA..	I
I.	3
II.	11
III.	21
IV.	31
V.	37
VI.	49
VII.	59
VIII.	69
IX.	83
X.	89
XI.	99
XII.	119
XIII.	127
XIV.	135
XV.	143
XVI.	153
XVII.	159
XVIII.	163
XIX.	171
XX.	179
XXI.	187
XXII.	197